

Conferencia magistral de la embajadora Alicia Bárcena, con ocasión de la conmemoración de los 50 años del golpe de Estado en Chile

Jueves 20 de abril, 2023

Aula Magna, Universidad Alberto Hurtado

Agradezco la cordial invitación de la Universidad Alberto Hurtado para compartir con ustedes algunas reflexiones en el marco de la conmemoración de los 50 años del golpe de Estado y con ello la trágica ruptura de la democracia, que abrió una profunda cicatriz en la historia de Chile cuyas grietas llegan hasta el día de hoy entre familiares, amigos y colegas. Un hecho que golpeó las conciencias de muchas y muchos que, a la distancia, observábamos el inédito proyecto transformador que lideraba Salvador Allende, primer presidente socialista del mundo electo democráticamente.

Agradezco en especial a mi muy querido Armando di Filippo, con quien me une una muy estrecha amistad e innegables coincidencias en el campo de las ideas políticas y, por supuesto, de nuestro respectivo paso por la CEPAL (Comisión Económica para América Latina).

Más que intentar una reflexión académica de aquel aciago momento, quisiera recoger hitos de la memoria de este pueblo tan querido que *interpela* mi historia personal. Este recuerdo me revive la esperanza limpia que despertó en mí generación, y en muchas generaciones de latinoamericanos, la historia de una *patria* que había logrado en las urnas darse un gobierno de cambios, con vocación de justicia e igualdad, de la mano de un líder de estatura continental.

Muchos de ustedes no habían nacido hace 50 años, y a riesgo de revelar más información que la prudente sobre mi edad, recuerdo aún con nitidez clarísima el 2 de diciembre de 1972 cuando el presidente Salvador Allende visitó México.

Yo era una estudiante joven de veinte años, intentando descubrir los misterios de la biología en la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Junto a mi generación ansiábamos justicia, igualdad de derechos, una democracia plena y una vida digna.

En ese tiempo, la juventud mexicana, como en otras partes del mundo, vivíamos épocas definitorias. Compañeros de estudios, amigos y hasta hermanos, y muchos a quienes conocíamos solo por nombre, habían participado en el movimiento estudiantil, democratizador y libertario de 1968, y muchos de ellos dejaron su sangre sobre las losas de la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco en octubre de 1968. Otras y otros tantos padecieron la misma suerte en las calles del centro de la Ciudad de México ese jueves de Corpus Christi de 1971.

Eran tiempos de compromiso, eran tiempos de perplejidad y de indignación, porque de la forma más dramática, la represión había pulverizado la esperanza de que la manifestación pacífica, la libertad de prensa y la organización bastaban para influir en el futuro que anhelábamos.

No eran pocos quienes pensaban que la única ruta viable de cambios políticos era la lucha armada.

Es por eso que el ejemplo de Salvador Allende, y su visita a México en esos mismos tiempos, fue tan relevante para nuestras generaciones -y quedaron grabadas a fuego en nuestra memoria, al punto que perduran y resuenan en la actualidad.

Un presidente que venía de ese país remoto de la región austral, el fin de la tierra en nuestro continente, pero que representaba a hombres y mujeres con idénticas convicciones a las que nos animaban a nosotros y que evidenciaban que habían logrado, con las herramientas de la democracia, tras muchos intentos frustrados, hacer triunfar en las urnas a un gobierno comprometido con el interés de sus trabajadores.

Recuerdo especialmente el discurso que pronunció ante estudiantes en el auditorio del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara donde dijo, y cito:

“Ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica; pero ir avanzando en los caminos de la vida y mantenerse como revolucionario, en una sociedad burguesa, es difícil”.

Dijo ahí también que *“La revolución no pasa por la universidad, y esto hay que entenderlo; la revolución pasa por las grandes masas; la revolución la hacen los pueblos; la revolución la hacen, esencialmente, los trabajadores”.*

En ese discurso, como un presagio doloroso, Allende afirmó: *“Yo sé, por lo que he vivido, que México ha sido y será —gracias por ello— amigo de mi patria”.* **Y así fue.**

Por eso, tomando como excusa mi experiencia personal, y mi circunstancia actual como Embajadora de México en Chile, -la primera mujer- para hacer una reflexión sobre la solidaridad expresada por el Gobierno de México en aquellos aciagos momentos, y la forma en que esos acontecimientos consolidaron la tradición del derecho de asilo como elemento central de nuestra política exterior.

México considera, como principio fundamental, a las personas susceptibles a recibir asilo, a *“todo extranjero que encuentre en peligro su vida, su libertad o seguridad por ideas o actividades políticas directamente relacionadas con su perfil público, y carezca de la protección de su país”.*

Esta política fue instrumentada valientemente por el presidente Lázaro Cárdenas tras la Guerra Civil española, y con ejemplos emblemáticos como el asilo a León Trotsky y a los miles de republicanos españoles que llegaron a México ante el asedio de la dictadura de Francisco Franco.

Lo sucedido en la Embajada de México en Chile a partir del 11 de septiembre de 1973 -para ser más exactos a las 11 y media de la mañana de ese día-, fue un claro ejemplo de asilo diplomático, y acaso uno de los episodios más significativos para la diplomacia mexicana. Para el caso chileno se tramitaron oficialmente alrededor de 800 casos de asilo político, comparado con 400 para Uruguay y poco más de 60 en el caso argentino. Y me estoy refiriendo a la etapa inmediatamente posterior de 1973. Al menos 250 de los asilados chilenos permanecieron en algún periodo de los nueve meses siguientes al golpe de Estado, dentro de los espacios de la residencia de México -que yo hoy ocupo y que transito ahí recordando a estas 150 personas que lo estaban perdiendo todo: su patria, su familia, su país. Y quiero decir que esto se hizo bajo el alero protector y valiente del entonces embajador Gonzalo Martínez Corbalá, quién no escatimó esfuerzos por proteger al mayor número de personas posibles y concretó uno de los capítulos de mayor solidaridad de la diplomacia mexicana.

Destaco en particular que entre las personas asiladas en la Residencia de México se encontraba la familia del presidente Salvador Allende -su esposa, Hortensia Bussi; su hija, Isabel Allende; su nieta, Marcia Tambutti; su nieto, Gonzalo Tambutti; y como ellos, muchos más. Dentro del vasto grupo de chilenos que llegó a México, arribaron exiliados profesionales, intelectuales, académicos, políticos, investigadores de alto nivel intelectual. Por ello la triste frase que dice: *“México ganó lo que Chile perdió”.* Así, los chilenos en México se inscribieron en nuestra academia, a los círculos intelectuales y artísticos, a la música, a la política. Y construyeron una relación muy enriquecedora con ese país que hoy es su otra Patria. Como este país es para mí, mi otra Patria.

Cómo olvidar cuando, un 16 de agosto de 1940, el Premio Nobel de Literatura Pablo Neruda arribó a México, país donde entabló una profunda amistad con escritores e intelectuales, y con políticos renombrados.

Conocido también es el paso de Gabriela Mistral, Premio Nobel de Literatura, una latinoamericana universal -poco reconocida en Chile- que ayudó tanto en la reforma de la educación pública en México. Estuvo dos años, y trabajó en las zonas rurales, con mujeres, con niños y niñas y con pueblos indígenas.

Amigas y amigos, queridos jóvenes,

El alma social y democrática de Chile penetró en México a través de Salvador Allende. Hoy, en mi México natal, no hay ciudad donde su nombre, símbolo de dignidad y coherencia, no distinga una plaza, una calle, una escuela.

Reconozco que me convoca el pensamiento de Allende como un demócrata que buscaba la igualdad de derechos sociales y económicos para su pueblo.

Pero también entiendo que, para una parte importante de la sociedad chilena, de entonces y de ahora, consideraba que el gobierno de la Unidad Popular representaba al demonio mismo.

Y en este punto quisiera detenerme. Porque, más allá -y sin renunciar a lo que creo, mi historia y mis ideas – en Chile hay una realidad ineludible: conmemorar el Golpe no es un asunto de la izquierda, es un asunto de toda la nación. Porque el Golpe de 1973 no le pasó a Allende y a sus partidarios, le pasó a toda la sociedad chilena.

Por eso hoy, a cincuenta años, recorrer esta historia nos invita a reflexionar más profundamente sobre lo que pasó ese 11 de septiembre de 1973 cuando se bombardeó La Moneda, la casa presidencial. El golpe militar produjo la herida más amarga al pueblo chileno, que infringieron con fuego quienes bombardearon precisamente esta casa, y que sometieron a este pueblo querido a diecisiete años de terror y abuso, y a la demolición por la fuerza de sus conquistas sociales, políticas y económicas.

Lo que ocurrió ese día fue un golpe para todo Chile y para todas y todos los chilenos. Se produjo una profunda ruptura institucional y se violentaron años de una de las democracias más sólidas de América Latina que despertaban por cierto gran admiración mundial.

Se impuso el miedo, la tortura, la desconfianza, sin libertades, y la violación de los derechos humanos de los que pensaban distinto.

Se castigó duramente a los disidentes, se les acusó de revoltosos, violentistas o de comunistas y guerrilleros. Y, aun en los casos donde las acusaciones de violencia, secuestro, sedición y otras violaciones a la ley, pudieran ser ciertas, no se les dio la oportunidad de un juicio justo ni un castigo merecido bajo la ley y el derecho.

En cambio, y con plena impunidad, se les detuvo, se les humilló, se les torturó; se les asesinó y desapareció. Todo esto de las formas más crueles y despiadadas – para ellos y sus familiares -mientras prevaleció (como aún prevalece) el discurso del dictador, como salvador y padre, que afirma que “*en Chile no pasaba nada*”, que si algo pasó fue para salvar a Chile, y donde gran parte de la sociedad se convenció (y sigue convencida) de una obscena e interminable negación total de la existencia de detenidos, desaparecidos, torturados y presos, ejecutados e incluso exilados, cuando tantos de éstos tienen aliento, vida e historias por contar.

Esa violencia y esa injusticia no es aceptable, por más diferencias políticas e ideológicas que existan. Nunca entre parientes y connacionales, nunca entre hermanos, nunca de un Estado a sus ciudadanos. Nunca. Este es el *nunca más*.

Y ese debe ser el mensaje de este aniversario.

A 50 años del golpe militar de 1973, debemos entender que, más allá de ideologías y concesiones, a Chile se le ha negado la posibilidad de una reconciliación a partir de la verdad plena, el reconocimiento y la justicia. Y también, y, sobre todo, de confrontar como nación su propia historia.

¡Porque los derechos humanos no son monopolio de la izquierda, pertenecen a todos! Es urgente un respeto transversal de los derechos humanos y un reconocimiento de que independientemente de tu ideología nada justifica la violación de derechos. Ningún contexto político, ninguna situación social.

La profunda herida, que aún no cicatriza, se produce con esta ruptura institucional y el valor de la democracia. Fue una tragedia que afectó a todo el pueblo de Chile.

En ese tiempo mi esposo partió de Chile hacia México en exilio. Su familia se dividió profundamente, y aún hoy esta grieta persiste entre quienes piensan que el golpe se justifica porque salvó a la sociedad chilena. Y por ello tenemos que reconocer que este golpe hirió a todos y todas y lo que faltó fue justicia a partir de un proceso pacífico y transparente de los disidentes a través de las instituciones.

Mi esposo y yo nos conocimos en México, nos enamoramos, nos reunimos y formamos lazos profundos e inquebrantables, con tantas y tantos compañeros que, lejos de su país, lejos de sus raíces, de su pueblo, continuaron la lucha. Pero también con familiares y amigos con quienes pensamos distinto, pero que el amor y la solidaridad nos hace entender (o deberían) que las diferencias deben ser menos importantes que las convergencias, o al menos que nunca deben ser razón para el exterminio del otro.

Con mi compañero, hemos formado una familia chileno-mexicana con actos y razones profundos de amor (y el amor es de lo más político y valiente que hay entre lo humano) y con la convicción de que ningún contexto justifica la violencia ni la violación de los derechos humanos, muchísimo menos en la relación desigual entre el Estado y el ciudadano. Que vale la pena involucrarse en la lucha por la democracia y la igualdad, que son dos caras de la misma moneda.

Sin renunciar a mis convicciones porque no puedo negar que, en mi **búsqueda profesional, la experiencia chilena me marcó para dedicar mi vida a trabajar en propuestas de modelos de desarrollo con la igualdad y la sostenibilidad ambiental en el centro. Pero la igualdad como titularidad de derechos. Entonces confirmó mi convicción** de que la concentración del poder económico captura y distorsiona la política, y genera más desigualdad y descontento social -y eso es lo que pasó en Chile desgraciadamente. A partir del 73. Chile fue el mejor alumno de la política neoliberal y del Consenso de Washington; y yo diría de una cultura del privilegio que hoy está saliendo a la luz. Que debemos eliminar la cultura del privilegio, esa que beneficia a pocos y que está dominada por las elites económicas y políticas. Sustituirla por una cultura de la igualdad, participativa, que garantice derechos y construya ciudadanía. No podemos naturalizar la desigualdad; eso sería un contrasentido. Y por ello, creo que la democracia, las instituciones y un Estado representativo fundado en el diálogo y el acuerdo político es el único camino para lograr bienestar social y económico con inclusión.

Y que conseguir nuestros objetivos a través del diálogo, la diplomacia y la paz es inteligente, valiente y eficiente (además de amoroso) – mientras que la violencia, la obediencia y la represión son manifestaciones de renuncia, de indiferencia y cobardía. No podemos dejar de lado la acción colectiva; el modelo neoliberal es un modelo profundamente individualista.

Recorrer esta historia es persuadirse de que la memoria no puede, no debe, ser artefacto de la nostalgia. La memoria es herramienta de la Historia, de presente y de futuro.

Citando aquella frase de José Emilio Pacheco, “*Memoria y tradición no son la adoración de las cenizas... sino la transmisión del fuego*”. Y a eso vengo yo: a transmitirles fuego.

Por eso quiero invitar principalmente a las y los jóvenes estudiantes a apropiarse de su historia y reconocer la importancia de defender los valores y derechos que compartimos todos.

El legado mayor de esta conmemoración es recuperar lo que une a la sociedad chilena, a partir del mutuo entendimiento de que hubo una era de dolor y de ruptura. Uno de estos valores debe ser que, bajo ninguna circunstancia se justifica la violencia como sustituto del diálogo, por parte de nadie y a pesar de cualquier diferencia, por profunda que parezca. Eso, más que revivir heridas y diferencias, debe ser nuestra lección máxima y común.

Chile requiere reconciliación y visión compartida de como sanar las heridas juntos mirando al futuro. Entendiendo que no hay olvido sin justicia.

Amigas y amigos,

Hoy podemos decir que Chile y México se saludan, abrazan y caminan juntos hacia el desarrollo, como dos buenos amigos que, tal como dijo la ex Presidenta Michelle Bachelet, “*han estado en las buenas y en las malas*”.

La solidaridad expresada por México en esos momentos nos invita a reflexionar sobre los valores que compartimos actualmente los gobiernos de ambos países. Hago votos para que, al recordar este gesto, podamos avanzar hacia la garantía de no repetición y a la reconciliación dentro de la sociedad chilena, que aún queda pendiente por alcanzar.

Mi esperanza es que mis palabras de hoy les permitan conocer que más allá de sus fronteras, la historia que fraguaron las y los chilenos de ayer, de hoy, que están labrando las y los chilenos de hoy y el incierto futuro que desde esos cimientos construirán, entre otros, ustedes. Tienen una resonancia continental, me atrevería a decir global. No les es exclusiva, importa y mucho en otras latitudes que los observan no por mera curiosidad, sino porque en esta Patria se han gestado señales, proyectos, avances y fracasos que han tenido un impacto concreto en el devenir político, social, económico y cultural en muchas otras latitudes y de este continente.

Por cierto, que todos conocen mi afinidad con el progresismo, y en ese sentido considero que a principios de los 2000 y ahora mismo, la mayoría de las y los latinoamericanos viven bajo gobiernos de inspiración progresista -con mayor realismo y mayor pragmatismo. Todos esos procesos reconocen semilla fecunda en el “allendismo” chileno. A lo largo del continente y tras la experiencia del '88, Chile inspiró en nuestra región y en el mundo procesos de recuperación democrática que estudiaban los aciertos y errores de la experiencia de este país.

Los estudiantes de Chile, los pingüinos del 2006, los universitarios movilizados del 2011 y el estallido social de 2019, son motivo de análisis y lecciones aprendidas en otras naciones y en otras ciudades.

El singular recorrido constituyente que vienen transitando con luces y sombras, con avances y retrocesos desde hace ya tres años, es seguido con atención mucho más allá de Los Andes.

Nada de Chile nos es indiferente. Pese a su tamaño y ubicación, este país mueve la aguja.

Por eso, queridas y queridos estudiantes, aunque resulte injusto, pone sobre sus hombros una enorme responsabilidad.

Porque tengo la certeza que como las generaciones que les antecedieron, herederos de una tradición insumisa que periódicamente reivindica su voluntad rebelde, avanzarán también ustedes en la dirección de ampliar derechos, construir dignidad y legar a los que vienen una Patria mejor que la que han recibido.

México y muchos otros estaremos observándolos atentos, conscientes de que en estas tierras alumbran ideas y voluntades que nos serán útiles para construir nuestros propios caminos de emancipación. Quiero decirles que como Embajada de México estamos listos para realizar una aportación constructiva a las conmemoraciones que en Chile se desarrollarán este año y que se inscriben en el lema: “memoria, democracia y futuro”.

El Gobierno de México acompañará decididamente estas conmemoraciones a lo largo de este año y lo haremos desplegando una serie de actividades, que estarán completamente alineadas al relato que ha anunciado el gobierno chileno.

Nuestra región enfrenta hoy grandes desafíos, pero también posee múltiples oportunidades para concretar el anhelado desarrollo con una mirada centrada en la igualdad, la justicia social, la sostenibilidad, la democracia y la paz.

Estoy convencida de que es posible que la región levante una voz común frente a los desafíos históricos que esta hora crucial nos llama a asumir.

Pandemia, conflictos bélicos, crisis climática y ambiental, aumento en la pobreza y la desigualdad, magro crecimiento. Sé muy bien que el contexto de nuestro presente no parece alentador. Que corremos el riesgo de aspirar a un horizonte de futuro justo cuya viabilidad es desmentida por los medios de comunicación.

Sin embargo, creo indispensable redoblar nuestros esfuerzos por preservar la democracia, las libertades, para cautelar los derechos humanos, para no sacrificarlos por nada, ni siquiera por la seguridad. Y en ello me refiero, ni siquiera frente a la delincuencia. Que construyamos consensos para alcanzar nuevos derechos.

Pero recorrer esta historia es persuadirse que la memoria no puede, no debe, ser artefacto de la nostalgia, que la memoria es herramienta de presente y de futuro. Por eso quiero invitar principalmente a las y los jóvenes estudiantes a apropiarse de su historia y reconocer la importancia de defender los derechos que compartimos con todos.

Al reflexionar sobre acontecimientos que sucedieron hace 50 años sé que me estoy dirigiendo a generaciones que no estaban vivas en esos momentos, pero que tienen el compromiso ineludible de garantizar la no repetición de los lamentables hechos que implicaron violación sistemática de derechos humanos, una regresión autoritaria que inauguró un régimen dictatorial y de eso se trata el nunca más.

El reconocimiento social es fundamental y parafraseando a Leon Felipe quisiera evocar las palabras de Bertolt Brecht:

“No. No acepten lo habitual como cosa natural, pues en tiempos de desorden sangriento, de confusión organizada, de arbitrariedad consciente, de humanidad deshumanizada, nada debe parecer imposible de cambiar”.

Siempre y cuando viajemos con la sabiduría de Leon Felipe cuando dice

“Voy con las riendas tensas y refrenando el vuelo porque no es lo que importa llegar solo ni pronto, sino llegar con todos y a tiempo.”